

uno qué admirar más si la perfección del cuadro ó si el breve tiempo empleado por el autor en trazarlo, ó la prontitud con que el artista ha sabido ver los múltiples detalles de tan grandes conjuntos. El Adriático y Grecia le inspiran páginas que son justamente célebres. ¡ Qué emoción experimenta en Esparta y qué ingeniosa habilidad la suya para trazar la topografía con sencillez y sin pedantismo!

¡ Qué hermoso espectáculo! Pero al mismo tiempo ¡ qué triste!... ¡ Ruinas por todas partes, y ni un solo hombre entre las ruinas! Quédeme inmóvil, sumido en una especie de estupor al contemplar esta escena. Contenta mis pasos y mi pensamiento una mezcla de admiración y de dolor. Reinaba en torno mío profundo silencio; á lo menos quise hacer hablar al eco en aquellos lugares en que ya no se hacía sentir la voz humana, y grité con todas mis fuerzas: ¡ Leónidas! Ni una sola ruina repitió el gran nombre, y la misma Esparta pareció haberlo olvidado.

Atenas fué saludada con los transportes líricos de un poeta, de un sabio y de un artista. Atenas con el sol naciente entre las dos cimas del Himeto, el Acrópolis coloreado con los más bellos tintes « de la flor del melocotonero », las esculturas de Fidias bañadas por un rayo de sol que parecían animarse y moverse sobre el mármol; á lo lejos el mar y el Pireo bañados en blanca luz y todo aquel país que vibraba aún al impulso de los más gloriosos recuerdos.

Viene luego Jerusalén, descubierta á través de un desfiladero de montañas, ciudad de las desolaciones en medio de una soledad desolada; el Jordán, uno de los más hermosos nombres que ha podido confiar á la memoria humana la bella poesía y allí en medio de la soledad, al pie de una tumba, volvió á leer á *Atalia*.

El éxito de la obra lo atestiguan hasta las mismas críticas á que dió lugar y las parodias que de ella se hicieron: *Itinéraire de Pantin au Mont Calvaire* ó *Monsieur de la Maison Terne*. Chateaubriand volvía de las soledades de Oriente y chocaba en seguida con el ingenio bulevardesco: era un cambio muy grande.

En Granada se encontró con Mad. de Mouchy, entonces Mad. de Noailles, con la que se había dado cita. Si hemos de dar crédito á la maliciosa Mad. de Boigne<sup>1</sup>, la amiga del gran hombre empleó el tiempo, mientras le esperaba, con un oficial á quien causó la muerte. De suerte que acogió al peregrino una amante cubierta de duelo y bañada en llanto.

Trazaron juntos el plan de una novelita bastante agradable: *Aventuras del último Abencerraje*, que tenía como telón de fondo la Alhambra y los jardines del Jeneralife con reminiscencias de Cartago que

1. Recientemente se han publicado las *Memorias de Mad. de Boigne*, cuya cáustica pluma no perdona á ninguno de sus contemporáneos. (N. del T.)

Chateaubriand acababa de visitar<sup>1</sup>. Blanca, entre Lautrec y Aben-Hamet es una figura conmovedora: el estilo no tiene la energía del de los *Mártires*.

Esta novela que recuerda el sol de España y la civilización árabe es recomendable por dos lindas romanzas y una viva pintura del espíritu caballeresco. El autor dió una lectura de ella en casa de Mad. de Ségur y todas las señoras se esforzaban por ofrecer al lector una taza de te en prueba de agradecimiento.

Ya no se lee el *Viaje á América* y á decir verdad no contribuye mucho á la gloria literaria de Chateaubriand, pero contiene útiles indicaciones.

Da precisión á las impresiones que dejan sus relatos de viaje: las de una lectura copiosa, de una imaginación que suple con frecuencia la escasez de peripecias y del deseo de vivir lo más apartado posible de las ciudades y de los tiempos modernos, como si quisiese según se dice vulgarmente: « jugar al salvaje ». Su literatura la debe en parte á su viaje por América. « Mis diferentes obras contienen muy frecuentes recuerdos de mi correría por América »: dice en la advertencia de la edición de 1827, y no se equivoca, pues toda su obra se halla impregnada de ellos.

En el viaje hay muchas lagunas: son trozos que ha recortado para hacerles un lugar en el *Ensayo Histórico*, en *el Genio*, en *el Itinerario*, en *Atala* y en los *Natchez*. Con frecuencia interrumpen la narración llamadas al lugar de las obras en que se halla transcrito el pasaje ausente. El prefacio de la edición de 1827 demuestra una lectura considerable: « Es, según nos dice, una historia de los viajes ». Sí, una historia de los viajes desde Moisés hasta su tiempo en la que hace constar que la navegación ha hecho grandes progresos.

Desde hace 333 años, 9 meses y 24 días<sup>2</sup> el mundo no se parece ya al mundo de Colón. Se invita á la gente á comer desde una ciudad floreciente de América á una ciudad floreciente de Europa y se llega á la hora señalada. En lugar de aquellos barcos groseros, sucios, infectos y húmedos, en los que sólo se comían carnes saladas y en que nos devoraba el escorbuto, ofrecen hoy barcos elegantes á los modernos pasajeros, camarotes revestidos de caoba, adornados con alfombras, espejos, flores, bibliotecas, instrumentos de música y todas las delicadezas de la buena mesa.

Siente con razón tales comodidades.

¿ Es bueno que se hayan hecho tan fáciles la comunicaciones entre los hombres? ¿ No conservarían mejor la naciones su carácter desconociéndose

1. Apartándose de la tradicional costumbre de todo viajero francés de echar pestes contra la cocina española, Chateaubriand habla con elogio en sus *Memorias* de la manteca que comió en Granada. (N. del T.)

2. Noche del 11-12 octubre de 1492.

mutuamente y guardando fidelidad religiosa á los hábitos y tradiciones de sus padres?

No es dudoso que las relaciones frecuentes han nivelado las razas y borrado el color local. No hay ya gran ciudad en el mundo donde sea posible hallar el traje nacional. La gente se abstiene de él como de una cosa ridícula y de una marca de grosería retrógrada. Embarcóse en la primavera de 1791, después de su última peregrinación á Combourg. Por aquella época aumentaba el movimiento de la emigración, pero « aun no se batía nadie » y « ningún sentimiento de honor le obligaba á lanzarse, contra las inclinaciones de su razón á la locura de Coblenza ». Hallaba más razonable y útil « el emigrar hacia las riberas del Ohio ». Parecíale esto también más interesante; puesto que le ayudaba á poner en práctica su proyecto de descubrir el paso del Noroeste. Siempre se hallan buenas razones para justificar nuestras preferencias. Al mismo tiempo observaba que en Francia son los individuos « aislados » los que emprenden las grandes cosas sin que el gobierno tome parte en ello. Esto ha sido siempre cierto. — Hay demasiados apetitos que picotean en torno del presupuesto para que quede algo con que subvencionar las empresas nobles y heroicas.

Chateaubriand llevaba consigo una carta de introducción que le había dado para Washington el marqués de la Rouairie antiguo combatiente de la guerra de la independencia en América. Tenía por compañeros de viaje á dos seminaristas que se dirigían á Baltimore: las conversaciones que con ellos tuvo, salieron más tarde en labios del P. Aubry.

De Saint-Malo se hizo el barco á la vela hacia las Azores, su primera escala. El relato se halla en el *Ensayo histórico*. Después hicieron escala en Terranova, pero, para hallar el relato de ello, hay que recurrir al *Genio del Cristianismo*. El barco bajó entonces hacia la Florida. Esta parte del diario no hubiera podido utilizarse fácilmente en otro lugar. Es un relato de alta mar en el curso del cual Chateaubriand, según su costumbre, se muestra á nuestra vista expuesto á los mayores peligros, tiburones, olas enormes que le dejan colgado de un cabo de salvamento « como un pez al extremo de una caña de pescar », postura verdaderamente extraña para un futuro ministro de negocios extranjeros.

Su emoción, al poner el pie en el suelo americano, es intensa y se halla expresada con verdadera elocuencia: el periodo es largo, admirable, de arte refinado, de sonoridad oratoria: es una de sus más hermosas páginas.

Todo el relato siguiente se reduce á una serie de reflexiones. Soñaba con una América salvaje, silenciosa, prehistórica y muy inmediata al

estado de naturaleza, y encuentra ciudades, elegantes damas, calesas, Baltimore, Filadelfia y New-York á la que apenas consagra cuatro líneas. Al dirigirse hacia el Niágara espera encontrar la soledad de las primeras edades; por desgracia, los salvajes hablan inglés y hasta francés y en una aldea de iroqueses se encuentra con un maestro de baile de París que, con la barba apoyada en su violincillo, empolvado y rizado, con traje de color verde manzana, y puños de muselina, hacía bailar el « Madelon Friquet » á aquellos señores y damas salvajes. Para vengarse acampa á la luna de Valencia, y duerme bajo la tienda, en compañía de su guía, un holandés que « le creyó loco ».

El pasaje principal de esta parte del *Viaje* es su encuentro con Washington. Hablará de él toda su vida y no dejará de repetir que fastidió á Napoleón primero y conversó con el general americano, que le dispensó una recepción grandiosa á la que se complace en aludir con frecuencia.

Llamó á la puerta de la casita sumamente modesta y le abrió una criada. « ¿ Está en casa el general? — *Yes, sir*. — Traigo una carta para él. — *Walk in, sir!* » Hallóse en un modesto saloncito en el que no tardó en aparecer el general. Era un hombre de elevada estatura y de aspecto tranquilo y frío. Leyó la carta y escuchó á aquel joven enteramente desconocido, el cual le explicaba que llegaba de Saint-Malo para descubrir el paso del Noroeste. Debió causarle mucho asombro; pero no se tomó el trabajo de contrariarle. — « Me respondía con monosílabos ». En consideración al marqués de la Rouairie le convidó á comer para el día siguiente. Había seis convidados que no debían ser personas de mucho fuste, porque Chateaubriand no hubiera dejado de nombrárnoslos. Se habló de la Revolución francesa, y Washington enseñó una llave de la Bastilla « probablemente falsa », según opina nuestro joven maluino. Á las diez de la noche se despidió y á esto se reduce todo.

« Tal fué mi encuentro con un hombre que ha libertado todo un mundo ». Para los que conocen con qué arte sabe Chateaubriand adornar los relatos en que desempeña algún papel, no será difícil comprender que debió ser recibido por cortesía y sin gran ceremonia, y que tal vez habría que quitar algo de lo que dice. ¿ Será cierto que le convidaron á comer? Acostumbra á contar mucho más compendiosamente lo que le lisonjea. La acogida no debió ser brillante, como lo demuestra esta frase con que parece consolarse de un desengaño « Washington ha bajado á la tumba antes de que mis pasos produjesen algún ruido ». En otros términos: el gran general no llegó á sospechar á quién había tenido el honor de recibir. Chateaubriand se vió reducido á preguntar el camino del paso del Noroeste á un comerciante en peletería que se burló un poco de su proyecto.

Tras una breve estancia en la tribu de los Onondagas, — ¡ el *sachem* hablaba francés! — y después de haber hablado inglés con una india del desierto que tenía una vaca flaca, nos acercamos al Niágara; allí alternan las casas confortables con muebles de caoba, alfombras, piano y espejos, con las cabañas de iroqueses, y por la noche las jóvenes tocan música de Pasiello y de Cimarosa.

Chateaubriand se halla desolado en vista de tanto progreso y se va en busca de sitios verdaderamente extraviados; pasa la noche en casa de un salvaje; el relato de esta aventura lo ha sacado de su viaje para trasladarlo al *Ensayo* y al *Genio*. Ciertos detalles sobre la educación de los niños iroqueses por sus madres nos parecen demasiado literarios é inverosímiles. ¿Puede el lector imaginarse á una madre iroquesa cargada de cuentas de vidrio y de plumas, que, al recibir á su hija que ha cometido un desliz, se contenta con echarle al rostro unas gotas de agua diciéndole: «¿ Me deshonras? » Los niños responden á las observaciones de sus padres: « ¡ Es justo! ¡ Es razonable! » Son salvajes convencionales, hermanos de los de los cuentos de Saint-Lambert ó de las comedias italianas<sup>1</sup>.

Sus relatos inspiran desconfianza. Lo que hizo en el Niágara, ó lo que dice que hizo es materialmente imposible. Quiso, según dice, bajar á lo hondo de la catarata por una roca; á cuarenta pies del fondo perdió el equilibrio y quedó colgado, « sintiendo abrirse poco á poco sus dedos de cansancio bajo el peso de su cuerpo ». Se suelta, cae al fondo y no se hace gran daño; sólo al cabo de un momento echa de ver que tiene el brazo roto por el codo. Unos salvajes que le vieron caer le vuelven á subir con ayuda de cuerdas. « Dos tablas, un vendaje y un pañuelo en cabestrillo bastan para mi cura. » Si se representa uno las caídas del Niágara, el diluvio de curiosas aguas que se precipita desde una altura de cien metros, el violento torbellino del agua batida y blanca en el inmenso depósito inferior, de donde suben nieblas como el humo de cien fábricas, el estruendo atronador, la furia de aquella corriente que arrastra el agua á lo hondo, y de las cataratas que hacen el río infranqueable á tres kilómetros más abajo, se comprenderá que es imposible caer al fondo sin perder la vida, de igual manera que no es verosímil el poder ser visto por los salvajes desde la orilla, cuando se ha caído bajo la húmeda bóveda de la inmensa catarata á la que las nieblas forman una impenetrable pantalla.

Cierta noche de septiembre hallábame echado de codos en medio del puente colgante que los americanos han echado audazmente sobre el Niágara. A gran profundidad bajo mis pies se despeñaba la inmensa

1. Chateaubriand sigue en esto el ejemplo de casi todos sus compatriotas que viajan por el extranjero. Dígalo si no nuestra España puesta siempre en berlina y desfigurada por Madame d'Aulnoy, Dumas, Gautier, etc., etc. (N. del T.)

masa de agua mugiendo y formando una superficie abombada, centelleante y poderosa; allá en lo hondo se veía el río sacudido y agitado hasta lo más profundo por inmensos torbellinos que azotaban, removían y amasaban la blanca espuma. Subían las nubes de polvo húmedo impulsadas con violencia hasta muy por encima del nivel superior, iluminadas é irisadas por los rayos de la luna. Era la noche tranquila y pura y yo me sentía imperiosamente conmovido por el espectáculo de aquella masa líquida que cae de este modo desde que el mundo es mundo y que mugía ignorada y desierta en la época del falso Smerdis y de Coriolano, que fué admirada por seres ya desaparecidos de quienes nada sabemos y por antiquísimos salvajes á quienes mecí desde su nacimiento el tumulto y estruendo de la catarata; contemplaba aquella cascada grandiosa más imponente que la de Yellowstone y cuyo ruido ha resonado durante miles de años sin que su eco pasase más allá del territorio y de los bosques habitados por sus ribereños. Mientras me hallaba sumido en estas reflexiones hizo vibrar el puente, sujeto por cuatro enormes cables á las dos orillas, el paso de un ligero carruaje; al apartar mis ojos de la catarata y de las islas de verdura que la orlan, contemplaba la cubierta del ferrocarril funicular que se desliza á lo largo de la orilla para que puedan bajar cómodamente los turistas hasta el nivel inferior, y á los obreros que martillaban las placas de palastro sobre el casco de un barco en construcción. Los faros de Edison iluminaban toda la comarca desde las vidrieras de las fábricas movidas por el vapor hasta las alamedas del parque en la orilla canadiense; y en alas de la brisa de la noche llegaban hasta mí los ruidosos effluvios de una multitud en plena fiesta, de clamores y conciertos de instrumentos de cobre que paseaban por las anchas calles de la ciudad entre los tranvías eléctricos y los espléndidos almacenes con motivo de una fiesta de *firemen*<sup>1</sup>. Entonces, en medio de aquel puente desierto, obra maestra de la industria metalúrgica, entre la eterna cascada y la ciudad naciente, pensaba en la época relativamente reciente en que todo aquello estaba desierto y salvaje, después de haber tenido tal vez varias veces, en el curso de los tiempos, sus horas de civilización y de población. Trasládabame con el pensamiento tan sólo á cien años atrás y recordaba la página que Chateaubriand escribió sobre las orillas del Niágara: Estas nada han conservado, ni su recuerdo ni su aspecto. Han desaparecido los bosques, los salvajes han sido diezmados y oprimidos y las fieras han huido; en el sitio en que se columpiaban las ardillas en los intrincados bejucos, han surgido hoteles confortables y animados en que funcionan los ascensores sin cesar y en que unos jóvenes elegantemente vestidos hacen bailar por la noche en el salón á

1. *Firemen*, palabra inglesa que significa: *hombres del fuego* (bomberos). (N. del T.)

las blancas señoritas en medio de los torrentes de luz de las arañas de cristal.

Chateaubriand no reconocería ya la América que admiró, sintió é inventó con tanta viveza y cuya vista reveló, é hizo estallar su genio.

Ha sido preciso instalar un puentecillo apoyado en una roca del fondo para permitir dar la vuelta en torno de este cilindro de agua furiosa y poder llegar al suelo debajo de él.

Ya no es posible dejarse caer en el tumultuoso remolino como tampoco lo sería á un « kinkajoux » del tamaño de un gato y que se alimenta de miel, « atrapar en el abismo, colgándose de la cola á una larga rama, los cadáveres despedazados de los alces y de los osos » (*Atala*).

Los lagos del Canadá se hallan descritos más adelante con cierta grandeza. Pero el relato, cortado y hecho pedazos para rellenar otros libros, pierde toda ilación. Todo se reduce á notas sueltas. ¿Dónde se encuentra cuando exclama?...

¡Oh Libertad primitiva, al fin te encuentro! Heme aquí tal como me ha creado el Omnipotente soberano de la naturaleza, llevado en triunfo sobre las aguas, mientras los habitantes de los ríos (¿ los ribereños ó los peces?) acompañan mi carrera, y mientras los pobladores del aire me cantan sus himnos, los animales del aire me saludan (?) y los bosques inclinan su cima ante mi paso.

El resto consiste en lindas notaciones de horas y de efectos de luz. Es un álbum de luminosas acuarelas, mal localizadas hacia el Ohío. Sin embargo, se encuentran vagamente detalles poco creíbles: salvajes que, aplicando el oído al suelo, oyen desde dos días antes acercarse á Chateaubriand y que saben de antemano que es de carne blanca porque su paso es más pesado que el de los hombres rojos. Eso se llama tener buen oído.

Hay fragmentos sobre los montes Apalaches, sobre los monumentos del Ohío, con arreglo á los trabajos anteriores, y á traducciones de viajeros, hasta el punto de que más tarde no sabrá Chateaubriand distinguir lo suyo de lo ajeno; un pequeño « Buffon de América », páginas consagradas á las serpientes, aves, castores, oso y otras fieras; páginas de etnografía acerca de los matrimonios, juegos, fiestas, medicina, lenguaje, gobierno, natchez, muscogulgas, hurones é iroqueses; Folklore y canciones populares; las memorias acerca del *Porvenir de la América Española*; lo que él hubiera deseado hacer en interés de aquellos estados nacientes cuando su posición política le diese alguna influencia sobre los destinos de los pueblos, — compuesto más tarde y á fuerza de lecturas (me han servido para componer una docena de páginas muchos

volúmenes y memorias). He aquí todo lo que contiene en resumen este libro ó mejor este expediente.

Nos ha dejado además otras relaciones de sus viajes por Italia, Auvernia y Suiza. *El Viaje á Italia* data de junio de 1803 á enero de 1804. Es también una especie de expediente compuesto de notas y de cartas á Joubert, pero muy agradables de leer. En Chambéry se lamenta de que Juan Jacobo hubiese deshonrado á la Sra. de Warens en recompensa de su hospitalidad, « Oh!; no quiera Dios que se levante jamás contra mi tumba la voz de la amistad traicionada! » Saboya, los Alpes y el monte Cenís le suministran encantadores cuadros de álbum.

« He observado una cascada ligera y silenciosa que cae con gracia infinita bajo una cortina de sauces »; pero inmediatamente echa á perder esta impresión con la manía entonces de moda de buscar un asunto para reloj de chimenea: « Este ropaje húmedo agitado por el viento hubiera podido representar á los ojos de los poetas la ondulante túnica de la náyade sentada sobre una elevada roca ».

En el monte Cenís, compró, para salvarle la vida, un aguilucho al que estaban atormentando unos aldeanos después de haber matado al águila y á su hembra. « ¿ No se ve aquí la imagen del pequeño Luis XVII, de su padre y de su madre? »

Sus impresiones de Lombardía no dejan de sorprender. Prefiere la campiña de Milán á la de Turín y sin embargo; qué encanto y qué poesía grandiosa encierran el magnífico panorama de Turín en medio del circo de montañas desde los nevados Alpes hasta los Apeninos, las colinas cubiertas de bosques, las sombrías orillas del Po, el Valentino y el amable aspecto de la ciudad de achatados techos, de pintadas casas y de calles regulares orladas de arcos!

Á Chateaubriand le conmueve mucho más la frescura de los campos de maíz y de los arrozales, de las viñas que se extienden formando guirnalda entre las moreras, los olmos y los sauces. En cuanto á la catedral de Milán, aún no terminada, tiene el inconveniente de ser gótica, estilo que « se halla en contradicción completa con el sol y las costumbres de Italia. » Las posadas le satisfacen y agrega:

« Estamos en este concepto, exceptuando á España, por debajo de todos los pueblos de Europa. »

Esto podría haberse escrito ayer. En Roma estalla el entusiasmo ó mejor dicho el frenesi:

Me siento abrumado y persuadido por lo que ho visto. ¡ Creo que he visto lo que nadie ha visto, lo que no ha podido pintar ningún viajero! ¡ Qué tontos! ¡ Qué almas heladas! ¡ Oh bárbaros!

Todo este diario es interesante, porque en él se ven nacer las impresiones que irán tomando cuerpo y vida en *Los mártires*.

La llegada de noche á Tivoli ofrece cierto encanto. Su habitación se halla al extremo de la posada enfrente de la cascada cuyo ruido oye. La noche es oscura, divisa algunos reflejos blanquecinos del agua, un recinto de bosques y de casas y á lo lejos las montañas. «No sé lo que la luz del día cambiará mañana en este paisaje nocturno.» Su pintura es exacta, fuera de los árboles que no existen:

La villa Adriana, el Vaticano, el Capitolio, y Roma á la luz de la luna son otros tantos trozos inspirados por sensaciones de una ciudad interesante y original<sup>1</sup>. Las visitas á Nápoles, á Pompeya y al Vesuvio, donde se complace en hacernos temblar con su atrevimiento, son páginas lindas. El deleite que se experimenta en viajar con Chateaubriand se debe á su doble naturaleza de sabio y de artista. Lo ha leído todo y todo lo conoce, y los recuerdos brotan en montón á su paso; ve y siente con emoción íntima y comunicativa. Sus ideas en materia de arte ofrecen interés. Cuando escribió *El Genio* no había visto ni á Italia, ni á Grecia, ni á Egipto y se da cuenta de lo que le falta. «Lo que he escrito allí acerca de las artes es algo mezquino.»

En Pompeya desearía que, en lugar de quitar todos los objetos para trasladarlos á un museo, dejasen cada cosa en su sitio: así se aprenderían mejor que en los libros, la historia doméstica del pueblo romano. ¿No sería éste el más maravilloso museo de la tierra? Los gastos serían cubiertos por la afluencia de los extranjeros. Y aquello estaría bien guardado por los soldados. Hay en este poeta un sentido práctico bastante curioso. Á veces parece prosaico. En Bayas, piensa en Nerón y agrega: «He hecho cocer huevos en el Flegetonte». La famosa y bella carta al Sr. de Fontanes acerca de Italia sirve de remate á este legajo: la descripción de la campiña romana, la visita á la casa de Horacio y el Coliseo á la luz de la luna, son otras tantas páginas de crespomatía.

Á fines de agosto de 1815 se hallaba en el Monte Blanco y de muy mal humor, porque hace el proceso de Suiza y nada le parece tan insípido como Chamonix. Era preciso que estuviese muy mal dispuesto. Los ventisqueros le parecen enormes vidrios de botella, las florecillas son demasiado pequeñas dado el tamaño de la montaña, y los chalets suizos son cabañas que huelen á estiércol y á queso. El turista no ve nada «porque mira á sus pies» mientras sube por los senderos, y, al llegar á la cima, ha visto sus pies; no necesitaba subir tan alto.

Los montañeses son los hombres más desdichados del mundo, pues viven en medio de trabajos y fatigas que se niega á recompensar la tierra ingrata, y este penoso sentimiento impide al viajero ser feliz.

1. Los que conozcan las hermosas descripciones de Chateaubriand no perderán nada en leer las admirables páginas que acerca de Italia ha escrito nuestro insigne Castelar en *Recuerdos de Italia*. (N. del T.)

Las montañas no tienen más que una utilidad: sirven de retiro á los anacoretas para meditar en el silencio y la soledad y adorar al Eterno desde un lugar más elevado.

Por último una visita á Clermont-Ferrand (2-6 de agosto de 1803) le suministra pretexto para rehacer, después de rendir homenaje á Pascal toda la historia de Francia.

Al partir para América había dicho «Moriré allá ó volveré siendo algo más de lo que soy al partir.» Volvió inmortal, gracias á las novelas que escribió y á las que sirvió de decoración el Nuevo Mundo: *Los Natchez*, *Atala* y *Renato*.

*Los Natchez* es uno de los libros más extraordinarios, fogosos y disparatados, aunque tiene partes sumamente bellas.

Cuando Chateaubriand volvió de América, traía consigo un envoltorio de 2383 páginas en folio; eran sus notas de viaje. Lo dejó todo en una caja en Londres, sin llevar consigo más que *Atala* y *Renato* y un legajo de descripciones que sirvieron para *El Genio*.

Catorce años más tarde volvió á encontrar su caja; los legajos que en ella había contenían de todo: historia natural, descripciones, dramas. Quemó bastante, echó las escorias en la colección titulada *Viajes á América* y, hecha esta limpia, resultó el manuscrito de *los Natchez* que salieron resplandecientes de aquel caos. Lo volvió á leer, lo retocó de suerte que no se apagasen los colores al pasar de nuevo el pincel por el cuadro y que conservase éste cierto aspecto juvenil (lo escribió á los 23 años) «la espuma en el freno del joven corcel». Falta unidad en el tono general. El primer volumen tiene caracteres de epopeya por el estilo y lo maravilloso; el segundo volumen es un relato, una «narración ordinaria». La maravilloso, no fué nunca el fuerte de Chateaubriand, asediado por el recuerdo de Dante y de Milton. Más aún que en *Los Mártires*, es inoportuno en *Los Natchez*, cuyo relato, sobrado tupido, ganaría mucho con que lo podasen y limpiasen de toda esa fronda parásita y mixta: maravilloso cristiano, maravilloso indio, musas, ángeles, demonios, genios de las batallas, la fama, el tiempo, la noche, la muerte, la amistad, invocaciones, sacrificios, prodigios, y comparaciones homéricas.

El verdadero atractivo de *los Natchez* reside en el encanto de un estilo maravilloso por la propiedad, cadencia y armonía; en el carácter grandioso de las descripciones del Nuevo Mundo; en la pintura llena de colorido de las costumbres, usos y trajes de los salvajes, por último en la ingeniosa fábula que trae á Francia al héroe Chaetas y permite á